



Revista Electrónica Sinéctica

E-ISSN: 1665-109X

bado@iteso.mx

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores
de Occidente

México

von Groll, Maren

NOS-OTROS LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESPACIO INTERCULTURAL

Revista Electrónica Sinéctica, núm. 14, enero-junio, 1999, pp. 1-10

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Jalisco, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99825994005>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Nos-OTROS LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESPACIO INTERCULTURAL

*Maren von Groll**

Al teiwari no le sorprende nada
Palabras de Tepú, ma'arakame huichol

El concepto y los lineamientos de acción de la interculturalidad surgen del deseo de aportar vías de solución a dificultades que se dan en el campo de las relaciones culturales en la actualidad, como la distancia con el otro, la intolerancia y también el radicalismo de los redentores de la causa indígena, según lo ha indicado Rigoberta Menchú recientemente.¹

Esta época de globalización requiere de la superación de los problemas culturales, lo cual obliga al manejo responsable de la propia cultura, en tiempos donde el viento junta todos los humos, los humos que estamos viviendo describe un ma'arakame huichol.

Aunque si han ocurrido intentos de la puesta en práctica de acciones tendientes al encuentro cultural, en estas experiencias muchas veces ha prevalecido la mirada hacia el "otro", con lo que las exigencias de cambio se depositan en éste y se deja de mirar al espejo para descubrir en la propia acción elementos necesarios de reflexión y renovación.

En concreto, la interculturalidad refiere al campo entre las culturas e implica que al ir en busca del encuentro con el otro, es necesario salirse de su propio marco de referencia para construir en el interespacio una comunicación dinámica que permita la creación de un nuevo campo de acción.

Por lo tanto, es indispensable revisar con ojo crítico las experiencias en este nuevo campo de la interculturalidad, para rescatar los logros, reconocer las fallas y así poder aportar elementos a la construcción de una realidad multicultural.

En este contexto se inserta el proyecto piloto del Centro Educativo Tatutsi Maxakwaxi, una secundaria huichol que intenta acercarse a las exigencias que expresa un estado multicultural en construcción, como el nuestro, con énfasis en los esfuerzos de un contacto positivo y creativo entre la mayoría y las minorías étnicas.

Mirar al otro, una costumbre

* Asistente en educación ambiental del Centro de Información y Comunicación Ambiental de Norteamérica.

La revisión de la historia de los "encuentros" hace evidente, que en su mayoría, se ven permeados por prejuicios: si creer al otro diferente, condenar sus valores y sus acciones se establecen estereotipos que impiden reconocer la maleabilidad y flexibilidad de la expresión y acción del otro. De esta manera, se ha construido el tópico de un "indígena bárbaro" como resultado de la incomprensión; y recientemente, un indígena como "salvaje redentor", en el sentido que lo extraño toma el lugar de lo propio.

Sin embargo, ambas percepciones no corresponden a la realidad del indígena, sino que reflejan nuestro imaginario cultural y originan un tipo de interacción objetivizante. El hecho de ser objeto antes que sujeto en la historia indica que el otro experimenta la interacción intercultural como una dominación cultural, una especie de avasallamiento. Esta forma de encuentro, sin embargo, no permite construir un espacio intercultural, por lo que un antropólogo tseltal propone que la interculturalidad implica no querer abarcar toda la otra cultura.

Por lo tanto, es indispensable reconocer que en nuestro mundo de intercambios interculturales intensos existe una dominación cultural, para evitar que repitamos una actitud común que tomamos al llegar a una comunidad indígena en calidad de apoyo al cambio. Con frecuencia, nuestra visión, nuestra búsqueda se dirige hacia la detección de necesidades. Es decir descubrimos vacíos; identificamos aquello que falta y reconocemos aquello que brilla por su ausencia, según nuestro criterio, por lo que invariablemente concluimos: "¡cuánto les falta!". Con esta visión, fácilmente nos encaminamos a iniciar y dirigir acciones que intentan llenar esos vacíos. Sin embargo, este abordaje implica imposición, a partir del cual es imposible imaginar un camino distinto de lo que para uno es el desarrollo, nuevas formas de solucionar un problema, y crear algo nuevo y distinto, algo propio. En otras palabras, "la necesidad es un concepto que invalida" el mundo del otro.²

En el discurso actual, la palabra indígena se relaciona casi inmediatamente con el concepto de comunidad. Con frecuencia se buscan en la comunidad los elementos clave que la caracterizan para ubicar y definir a aquellos que la constituyen. De esta manera, fácilmente se confunden los conceptos cultura y comunidad: la primera es una construcción que se transforma constantemente mediante la reinterpretación de nuevas experiencias y la segunda, por definición, es un código de conductas y un bagaje de valores que perdura en el tiempo.

Si se consideran ambas definiciones, es evidente que la artificialidad de la búsqueda de una esencia comunitaria, en un mundo donde los contactos se multiplican cada vez más y el aislamiento de las culturas querer reducirlas a la comunidad y cambiar el dinamismo por algo más estático es casi un mito.

En otras palabras, si prevalece la forma dominante de establecer el contacto con el otro, en dónde el indígena toma el lugar de "salvaje redentor", existe el peligro de que la lucha de las minorías culturales por un espacio digno conduzca al fenómeno de la comunitarización, a la subordinación hacia un poder político autoritario que imposibilite, de esta forma, la plena participación de éstos en un mundo en transformación constante.³

En suma, para poder realmente fungir como un agente de cambio, que participa en la construcción de una realidad multicultural, necesitamos reconocer que lo que nos diferencia, no son los valores en sí, sino la forma de su contextualización: la manera de jerarquizarlos, el grado de adherencia a ellos y el grado de consistencia al practicarlos. Así se relativiza la diferencia con el otro, de

manera que los elementos característicos de una comunidad no deben ser un punto ni de distanciamiento, ni de identificación, con el otro.

Puede deducirse entonces que conocer los sistemas y valores que rigen la vida comunitaria indígena no es la forma más sabia de acercarse y comprender al otro, ya que este conocimiento y su manipulación muchas veces lleva consigo una interpretación rígida de nuestra parte, e incurrir en el error de dirigir la interacción, así como el proceso educativo, de acuerdo a la propia conceptualización y dejar a un lado a los actores reales.

Para crear un espacio intercultural es necesario adoptar una postura más equitativa que elimine el poder. Implica emprender un viaje hacia el otro y quitar las máscaras, requisitos que nos dejan en una situación frágil ante el otro, pero que son condición imprescindible para un conocimiento mutuo que revela tanto los lados positivos como los negativos. Esta actitud cambia la dinámica de interacción, que exige tolerancia en los momentos en que la aceptación de otras formas de vida pone en duda los propios supuestos, de tal manera que los impulsos de rechazo, que surgen como mecanismo de defensa y que llevan a la devaluación del otro, permitan un manejo del conflicto.

La tendencia actual, muy marcada, de buscar la diferencia antes que la similitud, lo distinto y lo no común, provoca una fuerte dificultad para confrontarse con las comunidades indígenas sin idealizarlas y construir un espacio intercultural.

Un punto importante al que se encauza la reflexión sobre la interacción es el componente comunicativo y educacional que se puede resumir en tener como meta "la redefinición del poder", en el sentido de hacerlo verbo, que presuponga la acción y rompa la inercia de dominio, de jerarquización y de inmovilidad que posee el poder como sustantivo. En otras palabras, es importante incluir nuevos conceptos que promuevan la generación de nuevas realidades, ya que:

Si el principio fue la palabra, [...] durante la colonización; será también la palabra el comienzo de la descolonización.⁴

Un intento de descolonización de nuestra parte comienza con la desmitificación de lo indio: romper con el mito que ubica a la comunidad indígena como una sociedad homogénea, en convivencia armónica, sin discrepancias internas. Esta necesidad la reitera un indígena: "hay clases sociales en la comunidad indígena; los migrantes llegan con otro punto de vista [...] no somos una comunidad homogénea".

Dado que las experiencias refieren a que el encuentro cultural implica conflicto, se sugiere dirigir los esfuerzos, en el campo de la educación intercultural, hacia el desarrollo de una pedagogía del conflicto,⁵ cuyas metas principales son reducir la discriminación, eliminar los prejuicios y el manejar adecuadamente el etnocentrismo, para responder a una sociedad que exige escuchar distintas voces y reconocer diferentes visiones a fin de crear un México "con los otros".

Reconocerse en el espejo, un reto

El descubrimiento, en el sentido de hallar lo ignorado, del otro no puede separarse del conocimiento de uno mismo, por lo que:

Es necesario resignarse a verse por los ojos de los demás y a conocer nuestro ser por las revelaciones del lenguaje de los otros.⁶

De esta manera, en lo que a nos-otros se refiere, el Otro-huichol es quien cuestiona nuestra acción en el campo de la educación intercultural, ya que es él "quien da la respuesta que uno no espera";⁷ es decir, induce una reflexión y autocritica que sugiere que nos-otros tengamos en cuenta los siguientes puntos al procurar cualquier interacción intercultural:

- Lograr un manejo adecuado de lo ajeno, que supere juicios e inseguridades.
- Reconocer el propio etnocentrismo, establecer un amplio campo de tolerancia que acepte la etnicidad del otro.
- Enfatizar lo común y promover la atención a posibilidades de enriquecimiento mutuo.

En otras palabras, somos nos-otros quienes necesitamos tomar elementos fundamentales de las culturas de aprendizaje, aquéllas que no se han insertado en el marco del desarrollo y promover una actitud receptiva para mejorar la interacción, en detrimento de una cultura de acción, que es la protagónica y dominante en la actualidad.

Manejar el etnocentrismo, una oportunidad

Sabemos que la visión etnocéntrica es palpable sólo a través de la confrontación con puntos de vista del otro. El encuentro provoca sensibilización y concientización hacia la existencia de otras formas de vivir y percibir la vida, que evitan quedarse atrapado y aturdido en el propio etnocentrismo.

Sin embargo, para dar cuenta de las diferencias existentes en la realidad, hay que distinguir por lo menos tres ejes en para situar la problemática de la alteridad:

- Primero hay un juicio de valor.
- Luego un acercamiento o de alejamiento en relación con el otro: adopto los valores del otro, me identifico con él o asimilo el otro a mí, le impongo mi propia imagen.
- Tercero, comprendo o ignoro la identidad del otro.⁸

Destaca que durante estas fases de encuentro, la decisión en cuanto a la relación se perfila respecto a lo otro-diferente o a otro como igual; "la diferencia se degrada en desigualdad y la igualdad, en identidad,"⁹ aunque ambas formas comparten al egocentrismo como base, descansen en la identificación de los propios valores con los valores del otro y en la convicción de que el mundo es uno.

Para no caer en los extremos enunciados anteriormente es indispensable el reconocimiento del etnocentrismo, pero también su carácter y su irremediable.

Cada sujeto está inscrito en formas de pensamiento y valoración propias de su cultura. El mundo valoral de la propia cosmovisión es necesario para proporcionar una orientación y una acción significativa, por lo que la completa superación del etnocentrismo no es posible, ni una meta deseable.

El objetivo de la interculturalidad consiste en alcanzar el llamado etnocentrismo ilustrado,¹⁰ que subraya el reconocimiento del propio etnocentrismo como condición para guiar las acciones adecuadamente, sin que éste obstaculice una interacción exitosa, especialmente en el plano comunicativo. Este abordaje evita tomar la propia visión como la única real y válida, a la vez que permite no aceptar infinitamente todas las posiciones relativas, que pondrían en peligro ciertas suposiciones básicas propias y causarían un desequilibrio que sólo producirá reacciones negativas. Por lo tanto, el etnocentrismo ilustrado puede convertirse en la base de una acción intercultural satisfactoria, ya que desarrolla la capacidad de encontrarse con el otro sin prejuzgar ni minimizar sus diferencias.

En suma, el etnocentrismo ilustrado implica un trabajo personal y a consecuencia con un manejo de las emociones, y es por ello, el supuesto más difícil de alcanzar y preservar en el campo intercultural.

Confrontar lo extraño y comprender lo ajeno, una necesidad

La diferencia de lo otro y lo propio consiste en la vivencia de los espacios experienciales y sus contenidos. Es decir, lo propio se entiende en el sentido de pertenencia, de familiaridad y de disposición y lo extraño es todo aquello que está más allá de los límites de la esfera personal, o en este caso, de la esfera cultural. Cuando lo extraño sobrepasa hacia dentro los límites de cierto orden conocido, supone una estructura de normalidad para poder ser aprehendida. Así es que se escuchan exclamaciones como la siguiente: cuando nosotros los civilizados (sic) vamos a una comunidad, no entendemos.

La inseguridad y duda que desencadena el otro durante la interacción sustentan muchas veces conflicto en el campo compartido, ya que alimenta en uno mismo una reacción de defensa que frecuentemente induce la creación de prejuicios, los cuales dejan huella y marcan la manera de interactuar recíprocamente, la interculturalidad ofrece al otro una perspectiva distinta, que también cuestiona la seguridad y la certeza de su propio discurso.

Es de fundamental importancia tomar conciencia sobre la existencia de estos juicios para posibilitar su manejo, ya que la común negación de las emociones y sensaciones que los prejuicios desencadenan tiene repercusiones mayores en la forma de percibir al otro y por lo tanto interfieren en la forma de comunicación y aprehensión del otro.

Para que se de una relación positiva son necesarios muchos niveles y tipos de información que ambos interactuantes estén dispuestos a compartir, entre los que sobresale por su efectividad la de corte afectivo, pues posibilita tender un puente entre un ser humano y el otro, en el reconocimiento de necesidades y deseos similares. Arribar a este punto requiere haber superado previamente la desconfianza, lo que supone un tiempo largo de interacción y consistencia en la acción. Culminar el encuentro en un intercambio de afirmaciones de corte afectivo significa sobrepasar los límites de los "otros" y "nosotros", para reubicar la

relación en un campo común donde existe la empatía, nacida de la comprensión hacia el otro.

El otro, lo extraño, lo desconocido de otra cultura, frecuentemente llega a ser interesante en el marco de un encuentro espontáneo y superficial; que es mayormente la forma de establecer el contacto con el otro. Sin embargo, mantener la actitud de curiosidad ante el otro y comprometerse desinteresadamente a un trabajo más intenso y consistente con el otro parece una tarea difícil de cumplir, que demanda esfuerzos mayores para lograr el manejo de la tolerancia de frustración que suele alimentar la incertidumbre en la indagación de un campo nuevo.

Por lo tanto, sólo la preparación consciente para el encuentro permite negarse al exotismo, para rescatar la realidad de las relaciones. Porque como refieren datos de la historia:

La actitud [...] respecto a los indios descansa en la manera que (se) tiene de percibirlos.¹¹

Por lo tanto, a nivel de la experiencia se sugiere una colaboración con lo extraño del otro en la que se evite, en gran medida, todo tipo de estructuración, ordenación y normalización para prevenir la exclusión de lo ajeno en la acción. Esto significa dirigir un proceso durante el cual se reconoce lo propio para aceptar lo ajeno tal y como se perfila durante la experiencia intersubjetiva.

Aceptar la etnicidad, una obligación

La fructificación de las relaciones interculturales depende, entre otros factores, del reconocimiento de los elementos fundamentales de la etnicidad de los otros, a saber la paternidad y patrimonio, cuyas expresiones constituyen a los otros como sujetos frente a nos-otros.

La paternidad es aquello que se ve expresado en la memoria de los ancestros y es transmitida por la sangre, comporta una obligación moral que asegura la pertenencia y el cuidado de las raíces, manteniéndose casi sin alteraciones. Y el patrimonio, expuesto al impacto de intensos cambios que surgen en la actualidad, consiste en la expresión y actuación cotidiana de los códigos culturales. Ahora, según la experiencia fenomenológica, la etnicidad parece estar más cerca de la paternidad que del patrimonio; de la substancia que de la acción, del sentimiento que de la comprensión. Lo cual indica que los elementos del "ser" indígena se mantienen en un campo subjetivo e invisible, donde la paternidad es la llave a la etnicidad individual.

Sin embargo se reconoce que, en forma general, es hacia el observador que se manifiesta el patrimonio, la clave para que perciba la etnicidad en otros.¹² Es decir, el que uno reconozca, identifique y pretenda comprender al otro de acuerdo a la expresión y actuación de códigos culturales pone el dedo en una cuestión delicada: la posibilidad, que frecuentemente se hace realidad, de caer en el exotismo, que implica la sensación "qué aburrido constatar que el otro se nos asemeja".¹³ Este exotismo tiene como consecuencia subrayar en forma inadecuada la diferencia e impedir cualquier acercamiento, así como la posibilidad de incluirlos en el mundo actual.

A partir de esta reflexión se reubica la etnicidad del otro, que desecha la percepción surgida a partir del reconocimiento de los elementos de patrimonio - que llevan al exotismo e incluso al folclor- y acepta:

Que la etnicidad [...] generalmente ha dejado de ser parte de la estructura social (por ejemplo la persistencia y normatividad válida de las relaciones sociales) y se ha convertido en parte de la organización social (por ejemplo, de la navegación o negociación de alternativas disponibles de la colectividad dentro de la estructura social). Como resultado, la etnicidad ha sido utilizada frecuentemente para explotar las limitaciones de la habilidad de la sociedad de lidiar con sus problemas.¹⁴

Por lo tanto, la etnicidad de los grupos étnicos es un vehículo para tomar y definir su lugar como sujeto en la historia, considerado como expresión de un proceso en constante cambio, que no asegura elementos estables.

Ante este nuevo panorama, quienes intervienen en el campo de la educación intercultural deben acompañar la búsqueda de nuevos patrones de interpretación y el desarrollo de las identidades de los sujetos, con la incorporación –o quizá mejor, exposición a nuevos conocimientos y actitudes. El aprendizaje reflexivo causa cambios en las identidades individuales y modifica los patrones hacia una nueva interpretación de la historia de vida.

En este sentido, los patrones de interpretación son una categoría clave en el proceso de aprendizaje de la diferencia no sólo operan en la transferencia de conocimientos, sino que también nos permiten abarcar procesos con la posibilidad de aprender productivamente la reconstrucción interna de la realidad de sus interpretaciones.

Al reconocer la complejidad del ser indígena, los elementos sutiles de la experiencia y expresión de la etnicidad que los caracteriza, es importante cambiar el concepto de revaloración cultural -concepto introducido y utilizado por los no indígenas-, por el de la reelaboración. Retomada de un indígena antropólogo, esta propuesta es un caso muy claro de un posible inicio de descolonización a nivel verbal y la implicación del manejo adecuado de los conceptos, ya que la revaloración sugiere una inclinación hacia el pasado, con referencia a un fenómeno estático, mientras que la reelaboración implica una visión hacia el futuro, un proceso dinámico entre elementos nuevos, un cambio. Esto ejemplifica que al escuchar al otro surgen las pautas de acción hacia un nuevo caminar.

En una sociedad de cambio, donde las culturas no son entidades separadas, sino modos de gestión del cambio, la etnicidad es la que permite darle un perfil distinto al otro, un perfil independiente de nuestro imaginario cultural, un perfil en construcción constante donde el vivir la doble pertenencia es cotidiano.

Enfatizar lo común, otra forma de comunicación

Cuando se intenta respetar al otro a través del mecanismo de fijar artificialmente su cultura, es posible incurrir en el error de reducirla al folklore. Para contrarrestar este peligro, es necesario subrayar lo común, mediante lo cual es posible lograr una acción pedagógicamente productiva, que cristalice valores y normas parecidos que apunten hacia principios compartidos. Si se enfatizan los elementos comunes de ambas culturas, se puede visualizar la relatividad de las

interpretaciones, con lo cual el sentimiento de extrañeza y competencia se reduce. En suma, vale decir que hay que partir de lo que se tiene para construir una propuesta.

En la práctica parece que nosotros enfatizamos las diferencias en aras de establecer una distancia y con ello, una limitación, mientras que el otro-huichol intenta rescatar las semejanzas, acercarse, reducir las distancias entre ambos y lograr una mejor aprehensión: "nuestro dios es igual, tenemos un solo dios, que no se ve".

Por lo anterior, uno de los mayores retos consiste en cambiar la comunicación de tipo persuasiva por una comunicación propositiva. Es un hecho que: "siempre hay tiempo para enviar la palabra, pero no para devolverla".¹⁵ no se busca convencer al otro en el acto comunicativo sino evitar una situación y una relación entre ambos actores del proceso."El fácil de hablar, cerca está de ser vencido y convencido".¹⁶

La relación comunicativa con el otro difícilmente escapa de la manipulación y los usos de poder, dentro de un proceso de influencia unilateral en el que es más frecuente hablar por ellos que hablar con ellos. Así lo atestiguan quienes observan que "Se les nota cómo hablan, cómo actúan, no queremos de las instituciones: ese habla como de institución, quiere imponer [porque] no pregunta, ni lo consulta, sólo quiere decidir".

Una intervención con estas características no favorece en absoluto y quizá ni siquiera contempla una relación comunicativa horizontal, que de pie a un equilibrio entre hablar y escuchar, entre aprender y enseñar.

La adecuación y justicia en el manejo de la información, punto decisivo en cualquier interpretación intercultural, dependen de "establecer un criterio ético para juzgar las influencias: lo esencial [...] es saber si son impuestas o propuestas."¹⁷ La imposición se derrumba cuando se tiene posibilidad de elegir y el conocimiento de esa posibilidad de elección. Así, los silencios se revisten como una forma de hablar y como "lugar de elaboración de otros sentidos, del movimiento de la identidad del hablante".¹⁸

Lo anterior señala que uno de los mayores obstáculos en la comunicación intercultural este momento consiste en la tarea de cómo aprender a "aguantar" el silencio. Percepción corroborada durante una situación de capacitación didáctica, por una compañera del proyecto, que reconoce: "me gana la palabra; no puedo estar esperando hasta que ellos hablen". Mientras que del lado indígena se escucha: "no participo porque soy otro. Unas y otras palabras indican las huellas que ha dejado el tipo de comunicación excluyente imperante desde la Conquista.

En suma, el enriquecimiento mutuo debe alimentarse de la idea principal del humanismo: la comprensión de todo lo humano. Sin embargo, en la mayoría de los casos se presenta una gama de grandes obstáculos que surgen a partir de una concepción que considera primitivas, sencillas, no modernas, a las minorías de lo que se deduce que no hay nada que aprender de ellas, aunque cada cultura no sea más que un modo distinto de reproducir la vida.

Aprender de la *rarajipia*, una posibilidad

La *rarajipia*, carrera tarahumara que surgió como ejemplo durante uno de los talleres de interculturalidad, lleva implícita, en forma metafórica, las características

fundamentales para la construcción de un espacio intercultural, una de las cuales es escuchar.

Los participantes de la carrera tarahumara son quienes definen la meta, al tiempo que corren; la duración de la prueba es variable: puede concluir en cinco minutos o en 48 horas. Los corredores validan que "el camino se hace al andar", acorde con Machado, o el aforismo nietzscheano que sentencia que el camino es la meta, pero también nos confrontan a nos-otros con relatividad temporal, las distintas formas de experimentar el tiempo y sus límites.

La salida misma está ubicada a la mitad del trayecto, de manera que el principio y el fin, "fronteras esenciales para la evaluación en sociedades caracterizadas por la linealidad, ceden paso a una circularidad que relativiza inicio y término.

La *rarajipia* evidencia, metafóricamente, que la relación intercultural es un proceso, una construcción permanente y dinámica referida a la práctica y a la cotidianidad, no a un presupuesto teórico.

Sin embargo, el hecho de que la prueba se defina en su desarrollo, sin anticipar su conclusión, no impide establecer unas bases que favorezcan el respeto de las posibilidades y límites de los contrincantes. Cada contendiente recorre, palpa y conoce el terreno de sus adversarios, siempre acompañado. Al margen de rivalidades, puede reafirmarse las necesidades de mantener una igualdad de oportunidades entre los participantes, los otros y nos-otros, en el encuentro intercultural, y considerar las restricciones y obstáculos del medio donde ocurre la interacción.

La *rarajipia* señala elementos clave para la construcción de una acción intercultural: es un proceso siempre en construcción, cuya meta no es preestablecida y el hecho de alcanzarla es relativo. De esta manera, el énfasis se coloca en los procesos y avances paulatinos y pequeños, que sólo son genuinos si ambas culturas participantes recorren el mismo camino, juntas.

Así, no se trata tanto de un deseo de abarcar la cultura ajena, sino más bien trabajar conscientemente los elementos de la propia para acercarse a un manejo adecuado de la interacción cultural y reconocer que el reto está en:

Aprender a vivir juntos [...] y crear un nuevo espíritu que, gracias a la percepción de nuestras interdependencias crecientes, lleve a un análisis compartido de los riesgos y desafíos del futuro, impulse a la realización de proyectos comunes o bien a un manejo inteligente y pacífico de los inevitables conflictos.¹⁹

Notas

1. Florescano, Enrique. Relación de Agravios, Jornada Semanal, domingo 17 de mayo, 1998, p.10-11.
2. Saldivar, Antonio. *La dimensión de los procesos socioeducativos en los programas de desarrollo en comunidades indígenas*. Una propuesta de la capacitación hacia la formación para el desarrollo, (presentada en el Taller: Lo propio y lo ajeno), 1997.
3. Touraine, Alain. *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, primera edición, Argentina, 1997.
4. Todorov, Tzvetan. *La conquista de América, el problema del otro*, Siglo XXI, 6ta edición, Barcelona, 1995.
5. Nieke, Wolfgang. *Interkulturelle Erziehung und Bildung, Weltorientierungen im Alltag*, Leske+ Budrich, Opladen, Alemania, 1995.

6. Marc, Edmond. *La interacción social, cultura, institución y comunicación*, Paidos, Barcelona, 1992.
7. Lacan, Jacques. *El seminario de Jacques Lacan*, Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, Paidos, primera edición, Barcelona, 1983.
8. Todorov, 1995, *op. cit.*
9. Todorov, 1995, *op. cit.*
10. Nieke, 1995, *op. cit.*
11. Todorov, 1995, *op. cit.*
12. Giles, Howard. *Language, Ethnicity and Intergroup Relations*, Academic Press, London, 1977.
13. Barceló, Raquel, Portal María Ana y Martha Judith Sánchez.
1. *Diversidad étnica y conflicto en America Latina, el indio como metáfora en la identidad nacional*, vol.II, Plaza y Valdes, UNAM, primera edición, México, 1995.
14. Giles, 1977, *op cit.*
15. Todorov, 1995, *op cit.*
16. Castilla del Pino, Carlos. *Dialéctica de la persona de la situación*, Península, quinta edición, Barcelona, 1978.
17. Todorov 1995, *op cit.*
18. Barceló, et al, 1995, *op cit.*
19. Jacques Delors, UNESCO en Touraine, 1997, *op cit.*